

JÜRGEN THORWALD

El
TRIUNFO
de la
CIRUGÍA

SEGÚN LAS NOTAS DE MI ABUELO,
EL CIRUJANO H. ST. HARTMANN

Ariel

Jürgen Thorwald

El triunfo de la cirugía

Según las notas de mi abuelo,
el cirujano H. St. Hartmann

Ariel

Título original: *Das weltreich der chirurgen*

© Verlagsgruppe Droemer Knauer GmbH CO.KG, München
Publicado con el acuerdo de Ute Körner Literary Agent- www.uktilag.com

1.ª edición en Editorial Ariel: febrero de 2018
Edición anterior: marzo de 1999

© 1957, Jürgen Thorwald

© 1960, de la traducción, E. Donato Prunera

El editor hace constar que ha sido imposible localizar al autor y herederos de esta traducción por lo que manifiesta la reserva de los derechos de los mismos.

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2018: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2735-8
Depósito legal: B. 28.318-2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE DE MATERIAS

	Pág.
PREFACIO.....	11
1.ª parte REGIONES INEXPLORADAS	
Los monos del doctor David Ferrier	19
Kocher o las tragedias de Berna	54
Tumor.....	101
Marion Sims - John S. Bobbs - Lawson Tait - Carl Langenbuch	125
La almendra azul	166
<i>Intermezzo</i> imperial	194
Bassini	254
2.ª parte LA SEGUNDA BATALLA CONTRA EL DOLOR	
Sigmund Freud - Carl Koller - William Halsted - Paul Reclus - Carl Ludwig Schleich - August Bier - James Leonard Corning - Heinrich Braun	283
3.ª parte HORAS ESTELARES	
Chicago o el petrel rojo	347
Sauerbruch	371
Ventana abierta a la luz	407
RELACIÓN DE FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	437
ÍNDICE DE NOMBRES	473
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	479

Los monos del doctor David Ferrier

EL martes 2 de agosto de 1881 llegué de nuevo a Londres como en otras treinta o cuarenta ocasiones de mi vida anterior. Era la víspera de la apertura del Tercer Congreso Internacional de Medicina, que debía tener lugar en St. James Hall.

Cuando a última hora de la noche llegué al Hotel St. James, ya habían arribado a Londres tres mil médicos procedentes de todas partes del mundo y, entre ellos, muchos de universal renombre. En la estación había visto a Virchow, Langenbeck y Robert Koch, de Berlín; Pasteur, de París; Rauchfuss y Kolomin, de San Petersburgo; Henry Bigelow, de Boston, y William Keen, de Filadelfia. Pero entre la multitud de los que constituían la selección de médicos que en aquellos días se reunían en la capital de Inglaterra, eran muy pocos los que se habían de convertir, al correr del tiempo, en verdaderos iniciadores de la segunda gran época de la historia de la cirugía.

Aun hoy resulta difícil fijar, de una manera efectiva, cuándo se inauguró esta nueva fase llena de esfuerzos y descubrimientos, de fracasos y triunfos. La victoria sobre los dolores operatorios (por medio de la narcosis en los años cincuenta del siglo XIX) y sobre la infección traumática (por la antisepsia y la asepsia en los años ochenta) había roto las cadenas que constreñían a la cirugía a limitarse a una actuación bárbara y mortífera sobre unos pocos miembros externos. Narcosis, antisepsia y asepsia habían creado las condiciones previas para la nueva era, en el curso de la cual la cirugía había de pasar a la aplicación de sus conquistas técnicas a todas las regiones del cuerpo humano. Eran muy pocos los cirujanos que ya antes de la difusión de la narcosis y de la antisepsia se atrevieron a intervenir en el interior del cuerpo humano para eliminar afecciones de órganos que durante milenios se habían considerado intocables. Unas veces, les favoreció la suerte, otras fracasaron en su intento. Sus éxitos fueron siempre casos aislados. Sin embargo, tales éxitos estaban ahí, existían y, por lo mismo, se hace difícil determinar con exactitud la fecha en que se inició la nueva era. Por esto debo limitarme aquí a señalar el momento que, a mi entender, marcó la hora decisiva.

Con todo, aun hoy, me sigo preguntando con cierta frecuencia por qué fue precisamente este Congreso médico el que dejó en mí una impresión tan profunda; porque es el caso que en el mismo no se produjo ningún acontecimiento quirúrgico que diera a tal reunión un carácter especial, sino que más bien fue la coronación del triunfo de una ciencia auxiliar que abrió a la cirugía el acceso a un órgano muy determinado del cuerpo humano: el cerebro. Lo que en aquellos días hacía latir los corazones y cortaba la respiración es, tal vez, como lo sigue siendo todavía hoy, la idea verdaderamente fascinante de atacar quirúrgicamente el órgano citado. En aquellos tiempos, al igual que hoy, el cerebro era la zona más misteriosa de nuestra existencia física, pues constituye el asiento, al parecer inexplorable, de nuestro sentir, de nuestro pensar y de nuestro querer, y quién sabe si la propia sede del alma. Por esto creo que el lector habrá de comprender la razón por la cual, para mí, el acontecimiento que mostró al cirujano el acceso a esa zona misteriosa, había de constituir el inicio de la nueva época objeto de este libro.

El Hotel St. James, en el cual me hospedaba, no era ciertamente uno de los más lujosos que Londres podía ofrecer en aquel entonces. Desde luego, no podía compararse con el Carlton ni con el Grand Hotel. Pero vacilando siempre entre el atractivo que para mí representaba un acontecimiento de aquella índole y el profundo y resignado dolor que se había apoderado de mí desde la muerte de mi esposa Susana¹ en la primavera de 1881, había anunciado con mucho retraso mi asistencia al congreso. En consecuencia, hube de aceptar el primer alojamiento que se me ofreció.

Al penetrar en el vestíbulo y hallarme ante el anciano y flaco portero, hice lo que, a lo largo de los años, se había convertido en hábito para mí, siempre que llegaba a una ciudad en la que iba a celebrarse un congreso: pedir el registro de huéspedes y buscar en él los nombres de médicos o cirujanos conocidos. De esta forma, el azar me había conducido al encuentro de los más famosos. Leí cuatro o cinco nombres ingleses y franceses que no me decían nada o casi nada, cuando me fijé en uno de ellos escrito con rasgos breves y precisos: Friedrich Goltz, Estrasburgo.

1. Susana, primera mujer de H. St. Hartmann, murió en la primavera de 1881 a consecuencia de un cáncer de píloro. Poco antes, Theodor Billroth había conseguido en Viena la extirpación de un tumor gástrico. H. St. Hartmann se había dirigido a él para que intentara operar a su esposa, pero a su regreso de Viena, ésta había fallecido. Ella misma había puesto fin a su vida, porque no creía en su salvación y quiso dejar en su esposo el recuerdo de su imagen antes de que ésta quedara desfigurada por la dolencia. La historia de Susana, que lo es asimismo de los primeros intentos de la cirugía gástrica, se relata en *El siglo de los cirujanos*.

Yo no ignoraba que los visitantes alemanes sentían preferencia por el De Keyzers Royal, edificio algo extraño, con habitaciones sin más luz que la artificial —algunas de ellas subterráneas—, pero donde se podía beber buena cerveza alemana. Por esto me sorprendió un tanto encontrar, en el registro de huéspedes del St. James, el nombre de un famoso profesor alemán. Acaso le sucediera exactamente lo que me había ocurrido a mí y fuese llevado a dicho hotel sólo por un azar imprevisible. Mientras examinaba el registro, mi dedo índice recorría de arriba abajo la relación de los huéspedes, deteniéndose de pronto junto al nombre de Goltz. El portero, que me estaba observando, dijo:

—Es un alemán. Un hombre extraño. Perdón... —añadió interrumpiéndose—, pero en realidad es muy extraño. Viaja con un perro enfermo y lo cuida con gran ternura...

—¿Con un perro enfermo? —le pregunté intrigado.

—Sí —dijo el portero—, lo lleva en una especie de perrera portátil. Es un pobre chuchito de cabeza como aplastada y los ojos más tristes que jamás haya visto en un perro. Parece que ha sufrido algún accidente, tal vez lo haya atropellado un coche... Perdón que hable tanto del perro, pero me gustan mucho los animales...

—¿Está el animal en el hotel?

—Sí, y también el profesor Goltz —contestó el portero mirándome con asombro—. ¿Conoce usted al señor? —preguntó, y al asentir yo con cierta vacilación, añadió—: Ha salido de la casa hace media hora y ha dejado el animal al cuidado de un criado...

—¿Y el animal tiene la cabeza herida?

—Sí —dijo el portero con creciente asombro—. Pero, en realidad, lo que parece es que le falte un trozo de cabeza —añadió, mirándome con cierto recelo—. Oiga usted —dijo luego—, ese profesor Goltz, ¿no será uno de estos que llaman viviseccionistas?... —El portero vaciló antes de volver a hablar—. Debí figurármelo. No me interprete usted mal, pero aquí en Londres somos muy sensibles en lo que toca al trato de los animales. Hasta el punto de que el Parlamento, en 1876, votó una ley por la que se prohibía, incluso a los científicos, martirizar a los animales, aun cuando se pretextara que estas prácticas tuvieran algún valor para la ciencia médica. Y si en este caso resulta tratarse de una pobre criatura sacrificada por razones científicas, nuestra sociedad protectora de animales...

—No hay nada de lo que usted supone —contesté rápidamente—. Por lo demás, yo también soy médico...

El rostro del portero asumió una expresión extraña:

—Perdóneme, señor —dijo—. No quiero ofenderle como médico. Pero hay algunos médicos que se comportan con los animales vivos de una forma verdaderamente sádica. Y todo el país se indigna a la sola idea de que nuestros animales domésticos puedan caer en manos de algún

científico desaprensivo. La ley que le he dicho tiene aún ciertos fallos, pero los eliminaremos. Hace cuatro semanas tuvimos una reunión en casa del presidente del Tribunal Supremo. Asistieron el cardenal Manning, lady Bunbury y lady Mount Temple, que solicitaron la prohibición definitiva de la vivisección. Yo mismo soy miembro...

—No creo que a ese señor le interese que usted pertenezca o no a una asociación protectora de los animales —le interrumpió en este punto una voz profunda.

Era la voz del jefe de personal del hotel, que había salido de una puerta contigua a la conserjería.

—Perdón —murmuró el portero—. Pero es un problema que conmueve a todo el país, como usted mismo podrá comprobar. Sin embargo, le pido que me excuse, pues no quise...

—Bien, bien —contesté atento sólo al nombre de Goltz—. Estoy muy cansado. ¿Puedo ver mi habitación?

—Naturalmente —dijo el portero—. Su habitación está en...

Después del viaje trasatlántico, me sentía verdaderamente muy fatigado. La habitación que me destinaron era tan oscura como el vestíbulo del hotel y la lámpara de aceite que ardía sobre mi mesa daba una pálida luz amarillenta. Pero en el mismo instante en que estiré mis cansados miembros pude oír, a cierta distancia, el leve aullido de un animal. Era casi imperceptible y cesó pronto. De momento no volvió a percibirse, pero tuve la convicción de que se trataba del perro mencionado por el portero. Todo esto bastó, no sólo para mantenerme despierto, sino para hacerme olvidar, en cierto modo, mi cansancio.

Todo cuanto ocurrió en los días y horas que siguieron resultaría incomprensible para un hombre actual, si no me detuviera a relatar la historia de los acontecimientos que habían convertido a Goltz en una especie de figura clave de mis reflexiones acerca del ulterior desarrollo de la ciencia quirúrgica.

Por aquellos años, Goltz formaba parte del grupo internacional de fisiólogos eminentes que se ocupaban en el estudio de los enigmas del cerebro, considerado en aquel entonces como un órgano aparte que funcionaba merced a la acción de ciertos influjos superiores. Basándose en sus experimentos con ranas, el francés Flourens sentó la tesis de que las funciones del cerebro se distribuían de una manera tan uniforme por la totalidad del órgano, que se podía extirpar un fragmento considerable de éste sin que el resto dejara de asumir la totalidad de aquellas funciones, tanto las meramente físicas como las psíquicas. A pesar de que los médicos griegos se habían ya dado cuenta de que determinadas lesiones o afecciones de una parte del cerebro provocaban la parálisis o trastornos espasmódicos en el lado opuesto del cuerpo, la teoría sentada por Flourens seguía considerándose como un dogma.

En 1861, uno de mis mejores amigos, el cirujano y antropólogo parisiense Paul Broca, se había rebelado contra este dogma. En su día, Broca había abierto el cerebro de una paciente difunta que algunos años antes de su muerte había perdido el habla. En la segunda y tercera circunvolución frontal izquierda había descubierto un estado de reblandecimiento cerebral claramente perceptible y definido. Gracias a ello, Broca llegó a la conclusión de que en tal zona se encontraba un centro funcional donde se asentaba «la dirección del habla humana y en especial la formación de palabras». Así pues, al dar por supuesto que su paciente había perdido la facultad de hablar por haber enfermado el aludido centro, sentó la hipótesis de que el cerebro se componía, tal vez, de multitud de centros análogos a aquél, cada uno de los cuales regulaba determinadas funciones corporales de los músculos y de los sentidos. Broca tropezó con una repulsa casi unánime e incluso furiosa. Pero pocos años después, un joven médico llamado Hughlings Jackson, que entonces trabajaba modestísimamente en el Hospital Nacional de Paralíticos y Epilépticos de Londres, había llegado a determinadas conclusiones siguiendo la misma senda emprendida por Broca. Jackson — con quien sostuve en años posteriores amistosas relaciones — no era ni cirujano ni anatomista, sino médico clínico que, con una agudeza intelectual extraordinaria, sacaba conclusiones acerca de procesos desconocidos del cerebro, partiendo de la observación de los síntomas exteriormente visibles que presentaban los enfermos del Hospital Nacional. Estaba poseído por el fanatismo de un científico extravagante, capaz de montar en cólera cuando alguien le importunaba en el curso de sus observaciones. Su esposa, Isabel, había muerto de una afección de la corteza cerebral, durante la cual se había visto atacada por espasmos semejantes a los de los epilépticos y, por mucho que yo apreciara a Jackson, llegué a la conclusión de que éste debió de estudiar la enfermedad de su esposa con una frialdad absolutamente objetiva. En 1864, Jackson había descrito multitud de casos de parálisis del lado derecho originados por hemorragia cerebral, con pérdida, además, del uso del habla. El hecho de que tales parálisis afectaran casi siempre el lado del cuerpo opuesto al foco de la hemorragia cerebral, deponía en favor de la tesis de Broca sobre el asiento del centro del lenguaje en el lado izquierdo del cerebro. Unos años más tarde tuvo ocasión de practicar nuevas observaciones. En enfermos que padecían espasmos de un lado del cuerpo, le llamó la atención la regularidad con que éstos se presentaban. Empezaban en la mano y en el pie, pasaban después al brazo y a la pierna, como si en el cerebro hubiese distintos centros «motores» responsables de cada uno de los diferentes miembros del cuerpo, centros «motores» que debían de estar situados tan cerca uno de otro que, a medida que iban siendo afectados por algún estímulo, originaban trastornos en el mismo orden en los miembros atacados por los espasmos. Sin haber practicado autopsia

alguna y valiéndose tan sólo de sus observaciones clínicas, Jackson afirmó que existían centros «motores» para los diferentes movimientos musculares y que tales centros estaban situados «dentro del área de distribución de la arteria central del cerebro». Un año después, en 1871, llegaba de Berlín la noticia de que se había demostrado experimentalmente la existencia de centros motores en el cerebro de los perros. La noticia procedía de dos jóvenes médicos berlineses: Theodor Fritsch y Eduard Hitzig, que más tarde se había de convertir en famoso neurólogo. Durante la guerra prusiano-danesa, Fritsch había observado casualmente en un soldado gravemente herido en el cráneo, que al tocar determinados puntos del cerebro —que había quedado al descubierto— se originaban temblores en zonas corporales también muy definidas, situadas en el lado contrario al afectado en el cerebro. Algún tiempo después, Fritsch empezó a colaborar con Hitzig, que trabajaba en el Instituto de Fisiología de Berlín, con el fin de estudiar sus experimentos con animales. Trabajaban en el domicilio particular de Hitzig, donde la esposa de éste puso a su disposición el tocador de su propio dormitorio, destinando la pieza contigua al cuidado de los perros de experimentación. Fritsch y Eduard Hitzig habían eliminado fragmentos tan extensos del cráneo que el cerebro de los perros podía observarse perfectamente. Aplicando débiles corrientes eléctricas a determinados puntos de la corteza cerebral, pudieron comprobar que, efectivamente, se producían de una manera indefectible movimientos perfectamente delimitados en la parte opuesta del cuerpo. Marcaban con alfileres dichos puntos del cerebro que abrían después de muertos los perros, dándose el caso de que las puntas de aquéllos se hallaban siempre en las mismas zonas de las circunvoluciones cerebrales centrales. Pronto adquirieron fácilmente la práctica de determinar, sin buscar mucho, los centros que regían los movimientos muy precisos de ciertas partes del cuerpo. Denominaron a dichos centros «centros motores», sosteniendo, igual que Jackson, que todos los movimientos corporales eran dirigidos por tales centros y que el cerebro no era en modo alguno un órgano aparte, sino una «suma perfectamente articulada de multitud de centros funcionales».

Sus observaciones convencieron a muchos fisiólogos y en especial al joven neurólogo David Ferrier, de Londres, que se había hecho famoso, igual que Jackson, como médico del Hospital Nacional, y que logró sistematizar el método de estimulación eléctrica en los experimentos con animales, localizando de una manera precisa varios centros motores, así como el centro auditivo, que situó en la parte superior de los lóbulos temporales. Ferrier, Fritsch y Hitzig completaron finalmente el método de los contactos eléctricos mediante la eliminación de partes bien definidas del cerebro animal y observación de la pérdida subsiguiente de funciones sensoriales y motrices. En 1873, la primera me-

moria de los alemanes Fritsch y Hitzig cayó en manos de Robert Bartholow, profesor de medicina clínica del Medical College de Cincinnati (Ohio). Cuando, en 1874, la casualidad llevó a su consulta a una mujer llamada Mary Rafferty, cuyo cráneo había sido destruido por un cáncer, de modo que el cerebro estaba descubierto, Bartholow excitó la corteza cerebral de la mujer moribunda con ligeras descargas eléctricas y comprobó que las observaciones de Fritsch y Hitzig practicadas en los centros motores animales eran también válidas para el cerebro humano. Pero la voz de Bartholow llegaba de un lugar tan apartado y científicamente tan poco importante que nadie la oyó ni le tomó en serio. Hitzig y Ferrier habían topado con la repulsa absoluta de los fisiólogos de generaciones más viejas que la suya; tales fisiólogos no tardaron mucho en presentar experimentos cuyos resultados demostraban justamente lo contrario de lo que aquéllos afirmaban, a saber, la inexistencia de centros funcionales del cerebro.

Por aquel entonces, acompañado de Paul Broca, había yo asistido en París a la autopsia de un hombre que había muerto con síntomas de parálisis progresiva del brazo y pie izquierdos, de la mitad izquierda de la cara y fuertes dolores de cabeza. Broca descubrió un tumor del tamaño de una castaña en el hemisferio derecho del cerebro, tumor que resultó fácil desprender de la masa cerebral. No cabía duda de que éste había sido la causa de la grave parálisis progresiva y de los dolores de cabeza. Por primera vez se me sugirió la idea de lo fácil que habría sido remediar la dolencia del difunto si se hubiese abierto el cráneo y extirpado el tumor. La trepanación o apertura del cráneo era, en realidad, una de las intervenciones quirúrgicas más antiguas. Precisamente Broca se había ocupado de ella de modo especial en su historia, descubriendo detalles verdaderamente asombrosos. En 1873, asistiendo a un congreso de antropología en Lyon, encontró allí un médico rural, el doctor Prunières, que durante las excavaciones practicadas en su ciudad natal había observado grandes aberturas redondas en los cráneos encontrados en enterramientos de la Edad de Piedra. Tales aberturas se habían efectuado hacía miles de años, con mucho arte y mediante fractura o raspado de los huesos. Prunières supuso que el origen de tales aberturas se debía al deseo de obtener amuletos de cráneos pertenecientes a personajes que en vida habían sobresalido por dotes especiales; pero Broca pudo demostrar que aquéllos fueron abiertos en vida de sus poseedores. Los bordes de las aberturas presentaban claras señales de la regeneración ósea que, con raras excepciones, se presenta en las personas vivas en los casos de fractura, y por el estado de tal regeneración podía inferirse que muchos de aquellos operados habían sobrevivido más o menos

largamente a la intervención.¹ Como sea que además eran muy pocos los cráneos que presentaban al propio tiempo heridas por acción guerrera, Broca supuso que sólo algunas de las operaciones se habían intentado con el propósito de eliminar partes destrozadas del cráneo. Es posible que tales operaciones de urgencia demostraran que la eliminación de los aludidos fragmentos óseos podía hacer desaparecer dolores y parálisis, y asimismo cabía suponer que los curanderos de la Edad de Piedra practicaban también tales intervenciones en los casos de simples dolores, parálisis, epilepsias u otros síntomas patológicos de esta índole, sin necesidad de que hubiese forzosamente heridas. Otra de las hipótesis sentadas acerca de los cráneos trepanados era la de que éstos lo habían sido por razones de culto religioso, con el fin de dejar libre la salida a los malos espíritus. Pero todo esto no pasaba de ser teorías. En cambio, Broca presentó la demostración de un hecho cierto: que los curanderos de la Edad de Piedra habían sido capaces de practicar la trepanación con los instrumentos de que disponían. Broca mismo procedió a abrir, sin gran esfuerzo, el cráneo de un perro vivo valiéndose de pedernales y fragmentos de obsidiana, experimento que después repitió con cadáveres humanos. En trepanar el cráneo de un niño por raspado había invertido cuatro minutos. Para un cráneo de adulto había necesitado una hora.

Algún tiempo después, un compatriota mío de Nueva York, George Squier, político, escritor, editor y explorador, descubrió un cráneo indio en una colección particular de antigüedades de Cuzco, cráneo que había sido encontrado en una tumba del antiguo Perú. Procedía de la legendaria época de los incas y presentaba una trepanación que, no cabía duda, era algo distinta de la de los cráneos estudiados por Broca. De la parte izquierda del frontal se había extraído un fragmento óseo cuadrado median-

1. En aquel entonces, surgió la idea de comprobar los supuestos acerca de los motivos determinantes y métodos de la trepanación en la Edad de Piedra, efectuándose estudios entre los pueblos que en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo en Oceanía, vivían en una etapa histórica paralela a la de la Edad de Piedra. Los exploradores de Oceanía, Parkinson, Sanson, Lesson, Ellis y Ella, que en calidad de misioneros, viajeros o plantadores habían estudiado aquellas regiones todavía muy poco conocidas, informaron poco después que en Tahití, islas de Tuamotu, Nueva Irlanda y Nueva Bretaña se practicaban efectivamente trepanaciones. Suministraron descripciones minuciosas de las aberturas craneales realizadas con instrumentos de piedra y conchas por el procedimiento supuesto por Broca. La mitad de los operados, sin anestesia naturalmente, sobrevivían a la operación, a veces durante decenios. Se indicó que, en algunos casos, los curanderos cerraban la abertura practicada con un trozo de nuez de coco y recubrían el todo con la piel del cráneo. Los motivos principales de la operación eran lesiones por acción de guerra, que obligaban a eliminar partes óseas destrozadas del cráneo o fragmentos que ejercían presión sobre el cerebro. Pero también se efectuaban intervenciones con trepanación a causa de fuertes dolores de cabeza y espasmos. En Nueva Irlanda, las madres abrían los cráneos de sus hijos para facilitar la huida de los malos espíritus.



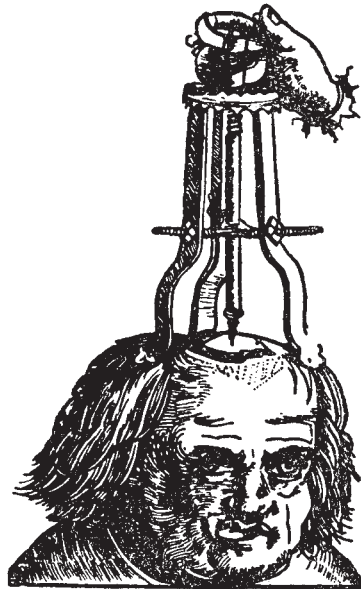
Cráneo inca descubierto en Cuzco (Perú) por el explorador americano George Squier.

te cuatro incisiones rectas y paralelas dos a dos, que se cortaban mutuamente. Por el aspecto de las incisiones, se advertía que para extraer el fragmento cuadrado óseo se había utilizado un instrumento de piedra y se podían reconocer las señales bien visibles de la regeneración, de modo que cabía inferir que la operación se había llevado a cabo en vida del paciente, el cual había sobrevivido a aquella durante bastante tiempo. Estos descubrimientos nos habían causado a Broca y a mí una impresión muy profunda, dando alas a la idea de que, abriendo el cráneo, tenía que ser posible eliminar dolencias cere-

brales de índole diversa y principalmente tumores. Si los hombres de la Edad de Piedra habían sido capaces de practicar tales intervenciones sin asepsia ni narcosis, nosotros, con nuestros adelantos, teníamos que poder llevarlas a cabo idénticamente, atacando por vía quirúrgica las raíces más profundas de las enfermedades cerebrales. Por otra parte, la literatura disponible permitía comprobar con facilidad la práctica de trepanaciones en la Antigüedad griega, Edad Media e incluso hasta la primera mitad del siglo XIX.

Los llamados escritores hipocráticos recomendaban la apertura del cráneo incluso en los casos de conmoción cerebral, con el fin de evitar hemorragias y secreciones debajo de la bóveda craneana. Para efectuar la trepanación, los médicos griegos habían utilizado el mismo instrumento que había de reaparecer más tarde en la Edad Media y que —con ligeras modificaciones— respondía al tipo del empleado en la época de mi juventud: el trépano de corona, consistente en una breve sierra de cinta retorcida, soldada sobre sí misma en forma tubular y sujeta sólidamente en su parte superior a un mango de barreno, o bien un cilindro metálico provisto de dientes de sierra en su parte inferior. Ambos instrumentos se utilizaban en la Edad Media y en el Renacimiento aplicándolos encima del cráneo y haciéndolos girar hasta hacer posible la extracción de un disco óseo que dejaba libre la corteza cerebral. Paré, famoso cirujano francés del siglo XVI, había modificado este instrumento dotándolo de berbiquís, cinceles, palanquetas y elevadores y practicaba la trepanación en toda clase de lesiones craneales, en las conmociones cerebrales y también con el fin de eliminar sangre y pus, fragmentos de cuerpos extraños y supri-

mir los síntomas originados por cualquier presión ejercida sobre el cerebro. Paré fue el primero que escribió un informe sobre las consecuencias de estas intervenciones sin narcosis de ninguna especie, que a nosotros, hoy, nos cuesta tanto poder siquiera imaginar. No existe duda alguna de que muchos de los operados sobrevivieron a la intervención, al igual que los trepanados de la Edad de Piedra descubiertos por Broca, y está perfectamente comprobado que alguno de ellos, como el príncipe de Orleans, fue trepanado diecisiete veces o más. Sin embargo, frente al número de los sobrevivientes, había muchos casos de muerte producidos por infección traumática, meningitis y septicemia, casos de muerte cuyo número sobrepasaba con mucho al de los originados por la peritonitis subsiguiente a las prematuras intervenciones abdominales. En decenios posteriores, estos casos mortales habían ido en aumento en forma verdaderamente alarmante, hasta el punto de que, en la primera mitad del siglo XIX, en los hospitales de París morían todos los trepanados sin excepción, de suerte que los cirujanos de todo el mundo condenaron de forma tan terminante cualquier intervención de esta índole, que el trépano se convirtió en instrumento inútil y curiosidad de museo. En 1886, Nepomuk Nussbaum, famoso cirujano de Núremberg, aconsejó a un discípulo suyo que partía para la guerra que se abstuviera en absoluto de todo criminal intento de trepanación y que dejara que las lesiones craneales siguieran su curso natural. «En los síntomas de compresión causados por heridas, hemorragias o exudaciones inflamatorias o purulentas, a ningún cirujano culto de nuestros días se le ocurrirá practicar una trepanación, puesto que aun en el caso de descubrir felizmente al primer intento el lugar exacto de la afección la terapéutica resultaría siempre más peligrosa que la misma enfermedad...» La opinión de Nussbaum era la de todos los cirujanos de renombre. Pero puesto que la apertura del cráneo empezó a convertirse en verdaderamente catastrófica a partir ya de la Edad Media, en que los enfermos empezaron a amontonarse en los sucios e infectos hospitales, no cabía duda de que las consecuencias fatales de la operación no eran debi-



Trípode del siglo XVI. Este tosco instrumento a manera de sacacorchos craneal se utilizaba en aquella época para la extracción de fragmentos óseos previamente recortados.

das a la intervención en sí misma, sino a una infección de las ultrasensibles meninges, infección que en el futuro podría evitarse mediante el empleo de los antisépticos. Dicho en otros términos: el peligro de infección ya no constituía necesariamente un obstáculo para operar en el cerebro.

Cuando recuerdo aquellos tiempos y mis conversaciones con Broca, siento escalofríos al darme cuenta de la necedad de las deducciones e ideas con las cuales hacíamos frente a esta modalidad de la cirugía que, aun hoy, sigue siendo la más difícil de todas. Pero éramos hijos de nuestra época y estábamos henchidos de ansias progresistas y del optimismo sin límites que brota con frecuencia de la ignorancia absoluta de los verdaderos peligros. Para nosotros, el obstáculo que se oponía a la cirugía cerebral no era ya la apertura del cráneo en sí, ni la extirpación del eventual tumor, sino la imposibilidad de localizar la anomalía antes de la operación. El foco de la enfermedad se ocultaba bajo la bóveda craneana y no se disponía de ningún procedimiento diagnóstico para conocer de antemano, de una manera suficientemente exacta, la situación de un tumor, para que se pudiera llevar a cabo la trepanación de una forma certera. El dolor originado por un tumor se repartía por extensas zonas del cerebro y no revelaba jamás su verdadera localización. Tal era el abismo que había que salvar. Hoy resulta casi imposible darse cuenta de lo que en tal sentido representaban para Broca y para mí los experimentos de Fritsch, Hitzig y Ferrier. Si era cierto que cada músculo y cada sentido del cuerpo tenía su centro rector en algún lugar del cerebro y si cada centro ocupaba siempre el mismo emplazamiento, tenía que haber la posibilidad de descubrir, de una manera exacta, el foco cerebral de una enfermedad (un tumor, por ejemplo) por medio de la parálisis u otra afección de esta o aquella parte del cuerpo o de tal o cual sentido, pudiendo llevar a cabo una intervención quirúrgica certeramente orientada.

En cuanto hubimos llegado a esta conclusión, escribí a varios cirujanos, con preferencia a cirujanos jóvenes, defensores de la antisepsia y partidarios de hacer accesible al escalpelo la totalidad del cuerpo humano, mediante su empleo. Pero no conseguí ganar para nuestra causa a ninguno de los cirujanos conocidos míos. Broca, que era un científico insigne, carecía casi de habilidad quirúrgica. Todos los cirujanos opinaban que no había razones válidas para considerar los centros funcionales de Ferrier como hechos demostrados y que ningún operador responsable podía basar sus actuaciones en una hipótesis tan discutida.

Entre los adversarios de Ferrier y de la teoría de los centros funcionales, se había destacado precisamente Friedrich Goltz, el mismo que ahora compartía conmigo el techo del Hotel St. James. Hasta entonces no tuve jamás ocasión de encontrarme personalmente con él. Sólo lo conocía

por fotografías en las que presentaba el tipo perfecto del burgués alemán. Era un hombre pesado y corpulento y contaba entonces unos cincuenta años de edad. Según mis noticias, era un apasionado de la fisiología y, siendo todavía estudiante, se había ocupado ya de los enigmas del cerebro y sistema nervioso.

Unas tijeras, unas pinzas, un poco de bramante y unas cuantas ranas que él mismo cazaba, constituían todo su equipo de trabajo. Estos animales ocuparon un lugar tan importante en sus experimentos ulteriores, que su frase «tómense dos ranas...» con que solía iniciar sus conferencias se hizo famosa. Durante largos años, Goltz había extirpado los cerebros de ranas narcotizadas con el fin de comprobar los efectos de dicha extirpación sobre la vitalidad de dichos animales. De los resultados obtenidos había extraído conclusiones relativas a las funciones del cerebro y de la médula espinal. Hombre bondadoso en el fondo, en su ansia de investigación había separado las patas del cuerpo de las ranas hasta el punto de no dejarlas unidas a éste más que por medio de una arteria importante y había «cocido» a otras descerebradas, en agua calentada lentamente, con el fin de comparar las reacciones entre estímulos en aumento paulatino y otras excitaciones de máxima intensidad y actuación repentina. Aproximadamente en la década de 1860 había demostrado, en un Congreso de Fisiología de Hannover, que todas las manifestaciones externas de la vitalidad de una rana se reducían a un sistema de reflejos. Todas las ranas presentadas habían sido descerebradas. Mientras Goltz no las tocaba con sus pálidas manos un tanto carnosas, los animales permanecían inmóviles y se mostraban incapaces de hacer nada, ni siquiera de ingerir alimentos. Pero cuando Goltz excitaba a las ranas en algún punto determinado, éstas saltaban, nadaban o croaban. Uno de los asistentes al congreso pidió a Goltz que hiciera croar a una rana exactamente cinco veces, y el animal lo hizo así como bajo la orden de un domador. Quedó demostrado que Goltz había realizado una labor de extraordinaria importancia en el dominio de la exploración del sistema nervioso vegetativo y de la actividad automática del corazón regida por estímulos. De ahí que Goltz no estuviera pegado a la tradición con la característica pereza mental de la gran masa de fisiólogos de su época, que, sólo por inercia, se oponían a las teorías de Hitzig y Ferrier. Goltz se oponía también a estas teorías, pero se basaba en una convicción íntima resultante de experimentos realizados por él mismo. Poco después que Hitzig hiciera pública su teoría, Goltz fue nombrado profesor de la Universidad de Estrasburgo y se dedicó a practicar experimentos con perros, a los que llegó a eliminar casi toda la corteza cerebral de ambos hemisferios. Demostró prácticamente que los perros descerebrados «comían, saltaban, veían y oían». Por dicha razón, él y todos sus seguidores preguntaban a Ferrier cómo era posible que existiesen en el cerebro centros funcionales para todos los órganos del cuerpo y sentidos, si tales

órganos y sentidos se mantenían activos a pesar de la extirpación de aquellas partes de la corteza cerebral en las que Ferrier situaba precisamente los mentados centros funcionales. Con sus experimentos, Goltz había sacudido las bases de aquello que Broca y yo reputábamos condición previa para la fundamentación de una cirugía cerebral. Goltz había suministrado a la masa conservadora las razones para perseverar en su inercia, en tanto que David Ferrier, el campeón más esforzado de la tesis de las localizaciones, se vio obligado a un repliegue defensivo.

Tal era la situación aquella tarde en que, el azar o el destino, pusieron a mi alcance inmediato al decidido contrincante. Y esta situación explica la emoción que me sobresaltó al leer el nombre de Goltz y oír los primeros gemidos de su perro.

Cuando pasado un cuarto de hora volví a oír de nuevo el leve aullido del animal, había desaparecido en mí todo rastro de cansancio. Aquel perro era sin duda uno de los que Goltz había descerebrado. Y si había emprendido con él el viaje de Estrasburgo a Londres, tampoco cabía dudar que su intención era la de fundamentar su teoría ante los especialistas del mundo entero y dar así un golpe de muerte a la teoría de los centros funcionales de Ferrier.

Arrojé a un lado la manta y acercándome a mis maletas, saqué de una de ellas el programa del congreso. No tuve que hojearlo mucho. A la luz pálida y amarillenta de la lámpara encontré pronto la llamada «Sección de Fisiología», para cuyas sesiones se había destinado la sala de la Royal Institution de Albemarle-Street. En la primera de dichas sesiones, señalada para el jueves 4 de agosto a las diez de la mañana, estaba prevista —tras las palabras de apertura del presidente del congreso de Fisiología doctor Foster— una disertación de Goltz bajo el título: «Discusión de la localización de las funciones vitales en la corteza cerebral». Esto confirmaba mis suposiciones. Además, el hecho de que la memoria de Goltz figurara en cabeza, demostraba la importancia que se le concedía por parte de la dirección del congreso. Me puse el batín y me acerqué a la ventana para abrirla. Fuera había una niebla otoñal, pesada, húmeda, amarillenta. Mientras seguía el movimiento de sus turbios velos, sentí hasta qué punto había arraigado en mí el deseo de encontrar un procedimiento para combatir las afecciones cerebrales a base de la teoría de Ferrier. Me inquietaba vivamente la idea de que, después de los vaivenes polémicos de los últimos años, fuera ahora a recibir aquella teoría un golpe mortal. ¿Qué podría hacer Ferrier contra Goltz, cuando éste tenía dispuesto un perro que, aun descerebrado, vivía, andaba, saltaba, aullaba, veía y oía?

¿Qué conseguiría el esbelto, delgado y tímido Ferrier, en su lucha directa contra el pesado y corpulento alemán?

La niebla penetraba en la habitación y humedecía mi batín. Al ir a cerrar la ventana, percibí nuevamente el aullido del perro, ahora tan cercano que parecía llegar de la habitación contigua. Poco después se iluminaba una ventana situada a pocos metros de distancia de la mía, en una pared que formaba ángulo con la de mi propia habitación. Las cortinas de la ventana iluminada no estaban corridas. Pude ver a un hombre que entraba en la pieza con una lámpara en la mano y la dejaba encima de la mesa. Luego se inclinó y vi que abría la tapa de una caja. De ésta salió el hocico de un perro que emitió un aullido entre lastimero y agradecido, aullido que cesó bajo la caricia de la mano de aquel hombre. Éste no era Goltz. Sin duda era su sirviente.

El perro había apoyado las patas sobre el borde de la caja y me fue posible ver con perfecta claridad lo que me había contado el portero: la cabeza aplastada del animal, con profundas cavidades causadas sin duda por intervenciones quirúrgicas que habían extirpado grandes zonas del cerebro. El sirviente sacó el perro de la caja y éste le siguió hacia un sillón moviendo el rabo. No cabía duda de que los movimientos del perro no se resentían en absoluto de la pérdida de parte de sustancia cerebral.

Yo no me daba cuenta ni del frío ni de la humedad de la niebla. Toda mi atención estaba concentrada en el animal y en el hombre que lo acariciaba tranquilizándolo. Pude ver las profundas cavidades de la cabeza del perro, semejantes a cráteres. Pasado un rato, el sirviente, como si me hubiese visto, se levantó y se acercó a la ventana. Todavía tuve tiempo de observar como le seguía el perro; después se corrieron las cortinas privándome de continuar observando.

Me retiré también, encendí la lámpara y, consultando el reloj, vi que eran ya más de las diez. Entonces empecé a sentir frío y cerré la ventana de forma que pudiera darme cuenta de cualquier ruido o rayo de luz procedente del exterior. A continuación me acosté. Tiritaba de frío.

Poco después, un intenso y alegre aullido me arrancó de mis pensamientos. Me levanté y me acerqué a la ventana sin encender la luz. La ventana del cuarto vecino en la que antes había estado observando al perro, estaba ahora abierta de par en par. Pude ver la habitación sin dificultad. Se hallaba en ella un hombre corpulento, de rostro redondo y bigotudo que, vestido de negro, se sentaba en el suelo, mientras el perro restregaba su hocico contra él. Era Goltz — le reconocí por el recuerdo de fotografías suyas — que debía de haber regresado al hotel y acariciaba, extrañamente absorto, al animal que él mismo había desfigurado.

—Vuelva a cerrar la ventana —le oí que decía con marcado acento alemán oriental—. No debe olvidar usted que este perro no es un animal corriente y podría ser más sensible que los otros a los resfriados. No quiero pensar lo que sucedería si le ocurriese algo antes del jueves...

Y mientras él mismo se acercaba a la ventana para cerrarla, oí la voz

del sirviente: «El aire le ha sentado bien. Estoy seguro de que le ha sentado bien...». La cortina se corrió, y no pude ver otra cosa que la niebla que se acumulaba en velos cada vez más densos en el patio del hotel.

A la mañana siguiente me levanté muy tarde. Había pasado muchas horas dando vueltas en la cama sin poder dormirme. Durante la noche había adoptado la decisión de ir a ver a Goltz, pero por la mañana, al regresar el botones que yo había enviado con mi tarjeta, supe que Goltz había abandonado el hotel sin dejar dicho si volvería o se hospedaría en casa de unos amigos.

Era tarde y tenía que darme prisa si quería llegar a tiempo para no perder la sesión inaugural del congreso. Bajé rápidamente las escaleras y, al llegar al vestíbulo, vi que el portero de la noche anterior estaba hablando con un señor de mediana edad, elegantemente vestido, que precisamente se estaba despidiendo. Todavía pude escuchar algunas palabras de su diálogo con el portero.

—Por desgracia es un extranjero —decía el desconocido—. Le agradecemos desde luego su informe y estaremos alerta de lo que ocurra durante el congreso. Pero en Alemania no existe ninguna ley contra la vivisección. De momento nada podemos hacer contra un extranjero que lleve consigo un animal maltratado, a no ser que en el maltrato intervenga un súbdito británico. No es imposible que esto suceda. ¿Sabe usted dónde han llevado al animal?

—Al Kings College —contestó en voz baja el portero tendiendo un papel al desconocido—. Al laboratorio de un profesor llamado Yeo, según he podido enterarme.

—Muchas gracias —dijo el desconocido—. Conocemos este laboratorio. El profesor Yeo dispone de una licencia para practicar experimentos con animales, pero tenemos la convicción de que efectúa algunos que no están autorizados en tal documento. Muchas gracias.

El portero dijo unas palabras en las que expresó su contento por haber podido tener ocasión de servir una buena causa. Entonces me vio a mí y se interrumpió bruscamente fingiendo estar simplemente despidiéndose del desconocido: «Buenos días, señor».

Mientras aquél se alejaba, el portero se dirigió a mí:

—¿En qué puedo servirle? —preguntó con una amabilidad exagerada. Por lo visto no estaba demasiado seguro de si yo había oído o no su conversación.

Le pregunté si en ésta se había tratado del perro.

—¿Qué perro, míster Hartmann? —dijo fingiendo ignorancia—. ¡Ah! se refiere usted seguramente al del señor Goltz. Ya no está en casa. —Al parecer trataba cambiar de tema—. ¿Deseaba usted alguna cosa?

Yo vacilé un instante y finalmente dije:

—No, gracias.

Cuando llegué a St. James Hall, la sala ofrecía un aspecto impresionante. La llenaban millares de médicos y en las puertas del gran recinto, lujosamente decorado, se veían ujieres con vistosos uniformes de gala.

Yo disponía de un asiento de primera fila, gracias a mi amistad con algunos eminentes médicos ingleses. Acababan de llegar el príncipe de Gales y su cuñado, el *kronprinz* alemán, más tarde emperador con el nombre de Federico III. Éste, que después de su boda con Victoria, hija mayor de la reina Victoria, gozaba de grandes simpatías en el país, se sentaba muy cerca de mí. Su tipo alto, fuerte y esbelto y su rostro barbudo, viril y al mismo tiempo bondadoso, causaron en mí una excelente impresión. En aquel momento estaba muy lejos de sospechar la extraña coincidencia de que no lejos del *kronprinz* alemán se sentaran dos médicos que, siete años más tarde, tendrían que representar un papel de primera línea en la tragedia que se desarrolló a causa de la afección de laringe que aquél padeció cuando reinaba ya bajo el nombre de Federico III. Dichos médicos eran el profesor Gerhardt de Berlín y Morell Mackenzie, el más famoso y también más discutido especialista en enfermedades de la laringe en Inglaterra.

El príncipe de Gales pronunció un discurso, siguiéndole en el uso de la palabra el presidente y decano absoluto del Royal College of Physicians, doctor Jenner. Después habló el presidente del congreso, James Paget. En su discurso se reflejaba el entusiasmo que le animaba por los adelantos de la medicina y los que seguían esperándose de ella. Inesperadamente y con una agresividad y vehemencia desconocidas en él, pasó a atacar a los antiviviseccionistas.

Paget señaló con su larga y delgada mano a Louis Pasteur, el gran descubridor, ya medio paralítico, de los microbios de la putrefacción, que se sentaba debajo de la tribuna del orador y a mano izquierda de éste.

—He aquí al hombre que ha contribuido de una forma decisiva a los progresos de la ciencia médica —decía Paget. Alegó que Pasteur sólo había podido aportar tan señalada contribución porque, gracias a sus experimentos con animales vivos, había descubierto nuevos y valiosos conocimientos para bien de la humanidad doliente, y que, por su victoria sobre la hidrofobia y el carbunco, había servido también al mundo animal. Pasteur era un luminoso ejemplo de la profunda seriedad de la tarea contra la cual luchaban furiosamente en Inglaterra los fanáticos defensores de los animales, amenazando ahogar toda posibilidad de progreso. Añadió que una de las misiones del congreso debía consistir en cerrar filas frente a tal ataque.

Al terminar Paget, se oyó un aplauso unánime y atronador. Entonces

me di cuenta de que la presencia de los «antiviviseccionistas» no era una cuestión secundaria para el congreso, sino que tenía categoría de problema central del mismo y que cualquier discusión entre Goltz y Ferrier podía verse envuelta en aquella otra.

Cuando los asistentes empezaron a levantarse, me puse a buscar a Hughlings Jackson y a Ferrier. Era difícil que éste me pasara inadvertido a causa de su esbelta figura. A pesar de la delicadeza de sus rasgos, este último, con sus enormes bigotes, tenía el aspecto de un oficial inglés de la guardia o de cualquier cuerpo colonial. Sólo las gafas atenuaban notablemente tal apariencia.

Pero en el tumulto de la concurrencia me fue imposible descubrir ni a Jackson ni a Ferrier ni tampoco a Goltz. En su lugar encontré a Lister, el antiguo amigo de los días de la difícil lucha —no totalmente terminada aún— por el reconocimiento e introducción de la antisepsia.¹ Le pregunté si había visto a Jackson o a Ferrier, contestándome que no; pero cuando le conté algo del perro de Goltz y el encuentro que yo había tenido aquella misma mañana, Lister se quedó pensativo. La primera pregunta que me hizo no se refería ni al perro ni a la cuestión de las localizaciones cerebrales, sino al comportamiento del portero de mi hotel. Dijo que en el caso de que la demostración proyectada por Goltz obligara a Ferrier a efectuar por su parte experimentos demostrativos de su teoría, habría que advertir a este último sobre la necesidad de tomar precauciones si para conseguir su objetivo tenía que presentar animales vivos.

—Ferrier —dijo Lister— no es un extranjero como Goltz. Cuando hace algunos años la Sociedad Protectora de Animales empezó su campaña de agitación, predije a Su Majestad la Reina el actual estado de cosas. Es cierto que el incremento que ha tomado la investigación fisiológica ha conducido a extremos reprobables. Pero cuando hay gentes que considerando naturales las bestialidades que se cometen en la caza del zorro y la pesca con anzuelo, defienden en cambio las ranas frente a la ciencia médica; cuando hay gente que invierte sumas enormes en fomentar el vegetarianismo mientras en Irlanda se mueren de hambre miles de personas, se están abriendo de par en par las puertas a una especie de fanatismo, frente al cual, los que no quieren retroceder ni un solo centímetro, se verán pronto obligados a luchar por su propia existencia. En su día, nadie quiso escuchar mis advertencias, y actualmente estamos palpando los resultados. Sea lo que fuere de ello, es preciso que advierta a Ferrier en cuanto le encuentre.

Sus palabras aumentaron la ansiedad que había empezado a sentir al vislumbrar la posible influencia de los antiviviseccionistas en la discu-

1. Joseph Lister, profesor de cirugía en Londres, entonces de cincuenta y cuatro años y descubridor de la antisepsia por fenol, que estaba conquistando a la sazón las salas de operaciones de todo el mundo.

sión del problema de las funciones del cerebro. Mientras Goltz, en su calidad de alemán podría disponer de libertad absoluta, Ferrier corría el peligro de verse obstruido en su labor defensiva de la propia tesis.

Yo nunca había hablado con Lister de la cuestión de la localización de las funciones cerebrales, puesto que le suponía entregado de lleno al problema de la antisepsia, pero sabía que conocía y aprobaba la posición de Ferrier. Por esto le pregunté:

—¿Cree usted que Ferrier podrá rechazar las objeciones de Goltz?

Lister me miró con sus ojos sumamente claros:

—No lo sé —dijo con gran sorpresa mía—. Pero lo deseo de todo corazón. Hace poco traté de curar a un enfermo desesperado que padecía horribles dolores de cabeza y síntomas de parálisis. Supuse que se trataba de tumor cerebral y le abrí el cráneo en el lugar donde se manifestaban los dolores, convencido de que allí encontraría la neoplasia. Pero fue en vano. Traté de hallarlo palpando con el dedo hasta donde me fue posible, pero no lo conseguí. Después de la muerte del enfermo, la autopsia me permitió comprobar que el tumor se hallaba a muy poca distancia de donde yo lo había localizado.

Lister respiraba fatigosamente, con la congoja que solía sentir cuando una operación fracasada, en la que estaba en juego una vida humana, parecía pesar sobre su conciencia. No se dio cuenta de la impresión que produjeron en mí sus palabras, porque es el caso que estábamos hablando de un intento quirúrgico de intervención cerebral que, tanto Broca como yo, habíamos tratado en vano de sugerir a cirujanos mucho más jóvenes que Lister. Éste prosiguió, tartamudeando ligeramente, como a veces solía ocurrirle:

—Con esta operación comprendí la importancia decisiva que puede tener la localización cerebral de Ferrier en cualquier intento futuro de cirugía del cerebro. La localización exacta eliminaría los riesgos de una búsqueda a ciegas como la de mi caso. En cambio, si Goltz tuviese razón... —Se interrumpió y tras una breve pausa, dijo—: En todo caso informaré a Ferrier en cuanto pueda encontrarle...

Se despidió antes de que yo pudiese atraerlo a un diálogo más extenso sobre el tema que tanto me apasionaba. Estaba invitado a un banquete que el príncipe de Gales daba en Willis Room, el elegante restaurante de King Street. Quedamos en volvernos a ver por la tarde, a la hora en que el profesor Virchow, de Berlín, tenía que pronunciar el segundo gran discurso del día.

Tres horas y media después, durante la reunión convocada para oír el discurso de Virchow, Lister se acercó a mí acompañado de un hombre de unos treinta años de edad, de saludable aspecto y rostro tostado por el sol.

Me lo presentó. Era Gerald Yeo, profesor de fisiología y cirugía del Kings College y el más íntimo de los colaboradores de Ferrier en sus investigaciones sobre los centros funcionales del cerebro. Su acento era innegablemente irlandés. Me dijo que Ferrier se había vuelto a encerrar en su laboratorio inmediatamente después de terminada la primera sesión del congreso.

—Ya estoy enterado de lo que le ocurrió a usted con el perro de Goltz —me dijo—. Es verdad que el animal está ahora en el Kings College. El profesor Goltz nos había rogado anticipadamente que lo acogiéramos allí, pero anoche no fue posible alojarlo, puesto que Goltz llegó demasiado tarde. Claro que no ignoro en absoluto las intenciones del profesor Goltz; sin embargo, estoy seguro de que mi amigo Ferrier se halla preparado...

—¿Confía en el éxito? —pregunté con un primer respiro de alivio.

—No quiero adelantarme a lo que expondrá el profesor Ferrier —me contestó con enigmática expresión—. Pero creo que habrá algunas sorpresas que tal vez sean lo más importante de este congreso. —Se interrumpió un instante—. En lo que se refiere a los antiviviseccionistas —prosiguió después— le diré que, en este país, ya no es posible hacer estudios experimentales de fisiología de ninguna especie sin arriesgarse y que hay que trabajar siempre al margen de la legalidad.

Nuestra conversación se interrumpió al ver que Virchow se acercaba a la tribuna con sus pasos breves y saltarines. Virchow gozaba de mundial renombre como director del Instituto de Patología de Berlín; había dado un gran impulso a la patología celular rebatiendo la anticuada idea del tejido como sede de la enfermedad, y había convertido el instituto que dirigía en un centro de investigación médica cuando antes lo era exclusivamente de investigación clínica. No se entretuvo mucho en pronunciar largas palabras de introducción. Su rostro amarillento había cobrado un poco de color y sus labios temblaban excitados en medio de la fronda de su barba y bigote grises.

—Este congreso —dijo— tiene lugar en un momento de gran agitación. Aquí, en Londres, nos encontramos con elementos afanosos de explotar sin escrúpulos la sensibilidad de las almas sencillas para con los animales, tratando para ello de difundir la idea de que la ley de 1876 es insuficiente. Tal ley sólo permite experimentos con animales a los hombres de ciencia reconocidos que posean una licencia del Ministerio del Interior. No les basta la disposición que ordena que todos los experimentos tienen que llevarse a término con empleo de la narcosis, sino que ambicionan prohibir en absoluto la utilización de los animales para tales fines. Los que así proceden, hacen uso en su propio provecho de los medios curativos que para sus enfermedades ha conseguido la ciencia médica y no quieren enterarse de que esto sólo ha sido posible gracias a la vivisección, con el descubrimiento de la circulación de la sangre por William Harvey, de Folkestone.